

LA RUTA DEL INCIENSO: AROMAS DE YEMEN

Isabel Buendía

E-mail: ibh@um.es

Bajar del avión de Yemenia Airlines en el aeropuerto de Sanáa, la capital de Yemen, es como salir de una máquina del tiempo que en unas pocas horas transporta a la Edad Media. A partir del momento en el que se pisa esa tierra, hay que elegir cual va a ser la postura ante un lugar y una vida tan distantes a las costumbres europeas. Solo caben dos posibilidades: ser un simple observador y caminar por las calles llenas de basura y los caminos polvorientos, cuidando siempre de no mancharse, o sumergirse, dejarse llevar, levantar la vista del suelo y descubrir la maravillosa ciudad de las Mil y una noches, y un país fascinante, el antiguo territorio de la Reina de Saba, con un pasado de un esplendor poco conocido. Si el viajero escoge la segunda opción y deja de preocuparse por la mugre en sus zapatos, una ciudad de ensueño, una perla de Oriente, patrimonio de la humanidad desde 1984, lo seducirá. Si se mezcla con sus gentes y, al estrechar las manos sucias que le ofrecen los niños, puede sentir en este gesto la construcción de un puente entre dos mundos tan lejanos; si responde a los saludos que constantemente recibirá por la calle: *¿a-ssalamu alaycum¿*, que significa *¿que la paz sea con vosotros¿*, y consigue llegar más allá de los rostros velados de las mujeres y descifrar los códigos de sus miradas, estará en condiciones de conocer la verdadera esencia de una sociedad medieval que es una joya rara en pleno siglo XXI, y de saborear y apreciar su magia.

La historia y tradiciones de este país se asocian con frecuencia a las especias, plantas y perfumes que fueron el origen de su pasado esplendor en una época de gran riqueza.



Figura 1. Pueblo del desierto

Yemen ha sido considerado desde muy antiguo como el país de los perfumes raros y de las especias, en particular del incienso, una resina que fue de gran interés en la antigüedad por su uso en las ceremonias

sagradas. Se decía que el emperador romano Nerón quemó por un año olíbano (incienso valioso para la ciudad de Roma) en el funeral de su esposa Poppaea.

El comercio del incienso, como el de la mirra y otros productos, hizo florecer a numerosas ciudades estado, ubicadas todas ellas en la vertiente occidental de la península arábiga, la que tenía un clima más benigno.

Actualmente el mercado de esta sustancia es muy reducido, pero en el mundo antiguo era una de las más apreciadas; basta pensar que se reservaba para los dioses, dado que su aroma era el más grato que se les podía ofrecer.

Hay estudios que sostienen que el sentido del olfato está situado en una zona del cerebro que se cree que es la sede específica de las emociones más fuertes. Esta afirmación podría por sí misma explicar la enorme difusión de los perfumes en la antigüedad y su importancia en el encuentro hombre-divinidad.



Figura 2. Mujer yemení en la ciudad vieja de Marib

La palabra perfume deriva del latín “*perfumum*” a través del humo, esto es, la sustancia quemada desprende la fragancia y ésta, elevándose hacia lo alto, tenía el poder de alcanzar a la divinidad a la cual el hombre rendía culto, o acompañaba al difunto en su viaje hacia el más allá.

En el mundo antiguo, además de en las ceremonias religiosas, el ahumado con sustancias aromáticas se usaba con fines terapéuticos y para alejar los influjos maléficos. Por otra parte en pueblos y ciudades era normal que los hombres y los animales vivieran juntos y los hábitos de higiene personal no existían. El olfato estaba sometido a sensaciones olorosas muy violentas y las enfermedades eran muy fre-

cuentas. De aquí la necesidad de perfumar el interior de las viviendas y la creencia de que el humo aromático que anulaba o disminuía los malos olores, podía curar y prevenir las enfermedades.

Los habitantes del actual Yemen, que en la antigüedad eran definidos con el nombre de Sabeos por el predominio del reino de Saba sobre el resto de la región cocinaban sus alimentos con maderas aromáticas, incienso y mirra porque tenían gran pasión por los perfumes.



Figura 3. En las piedras del gran dique, aún se pueden ver inscripciones de la época sabea

La demanda siempre creciente de incienso y mirra por parte de la civilización mediterránea, convirtió en hábiles comerciantes a los Sabeos. Estos perfeccionaron su comercio abriendo rutas caravaneras. Shihr en el bajo Hadramut y Dhofar que actualmente se encuentra en Omán, en la frontera con Yemen, eran los mayores productores.

De Dhofar partían dos vías, una que pasaba por Shaowa en el valle de Hadramut, y la otra costeaba la península Arábiga hasta el puerto de Qana, junto a la playa de Bir Alí, al sur de Yemen, y proseguía hacia el norte.

Como animales de carga se emplearon al principio asnos y mulas que más tarde fueron sustituidos por camellos, más resistente y con menos necesidades de abreviar. Las caravanas, compuestas con frecuencia por dos o tres mil camellos, recorrían aquella que sería famosa como la Ruta del Incienso y llegaban a Petra y a Gaza en poco más de dos meses. A lo largo del camino se constituyeron estaciones de posta, controladas militarmente y equipadas para dar alimento y reposo a hombres y animales. Nacieron ciudades como Shabwa, Marib, Barrakesh, Mecca, Yathrib (la actual Medina), que llegaron a ser también centros de elaboración y manufacturado de materias primas.

Las caravanas tenían la obligación de parar en todas las ciudades a lo largo de la vía recorrida y éstas crecían proporcionalmente a la entidad del tráfico.

Plinio refiere a propósito de Sbotá (Sabwa), que, para controlar minuciosamente el tráfico, se dejaba abierta una única puerta de acceso a la ciudad. Aquí, los sacerdotes, los ministros del rey, los guardianes de la puerta y los militares tenían derecho a recibir un porcentaje de las mercancías en tránsito. Por otra parte, y según la misma fuente, se sabe que, a lo largo de toda la ruta, los mercaderes debían pagar el agua, la comida, el forraje para los camellos y la hospitalidad en los albergues y al final del recorrido venía a representar un gasto considerable.

La agricultura también se benefició de este comercio: la disponibilidad económica de los gobernantes locales permitió la construcción de admirables obras de riego. Aún hoy se pueden admirar los restos del monumental dique de Marib, que regaba cerca de 1700 hectáreas de terreno.



Figura 4. Lecho colmatado del antiguo embalse

A pesar de los litigios entre los diversos gobernantes, para tutelar los intereses comunes, éstos no impidieron nunca el paso de las caravanas. El reino de Saba, después de haber extendido sus territorios hasta Etiopía, sigue siendo siempre el más potente aún después de la aparición del cristianismo. La única tentativa de conquista por parte de los Romanos, al fin del I siglo a.C., falló porque, como refiere Estrabón, el guía que acompañaba al ejército romano de Petra, intencionadamente, lo hizo perderse en el desierto y, aunque llegaron hasta las murallas de Marib, no alcanzaron a conquistarla.

El encuentro referido en el Antiguo Testamento entre Bilqis, la reina de Saba y Salomón, rey de las regiones del Mediterráneo, que representaban el punto final de la Ruta del Incienso, tuvo lugar por motivos económicos y militares, aunque la tradición cuenta que, de este encuentro nació una historia de amor.



Figura 5. Ruinas de la antigua ciudad de Marib

El comercio en dirección al Mediterráneo utilizaba la Vía del Incienso también para el transporte de otras mercancías (tejidos preciosos como la seda, especias, oro, caparazones de tortuga, ébano y maderas nobles), que los navegantes sabios importaban de la India y de la costa Oriental de África, aprovechando los monzones que cambian de dirección cada seis meses.

Los elementos secos como las resinas y las raíces, cortezas, maderas y semillas viajan bien y conservan su olor, por ello eran muy apreciadas.

Algunos de los productos de mayor demanda en la época, y de uso frecuente también en la actualidad, fueron:

INCIENSO (*Boswellia thurifera*) y **MIRRA** (*Balsamodendrom myrrha*) son árboles que aún crecen espontáneamente en Yemen, en el valle de Hadramut. Para obtener el incienso y la mirra se hacían incisiones en las ramas y el tronco de la planta y se dejaba salir la gomoresina, que en contacto con el aire se solidificaba. Durante todo el verano la resina resbalaba sobre hojas de palma atadas al tronco y en otoño se recolectaba.



Figura 6. En los pueblos los niños se acercan con curiosidad a los extranjeros

La CANELA (*Cinnamomum zeylanicum*), es una de las especias conocidas desde más antiguo. En China se empleaba ya en 2500 A.C. La especia es la corteza interna de un pequeño arbusto, que se extrae pelando y frotando las ramas.

Los árabes la utilizan mucho para aromatizar carnes, ya que la canela contiene un aceite esencial rico en fenol que inhibe las bacterias responsables de la putrefacción de la carne.

Sirve de puente entre los sabores agrio (ácido) y dulce, y entre el amor y el desamor (se considera afrodisíaca).

Los yemeníes la usan mezclada con clavo y cardamomo para perfumar el té



Figura 7. *Boswellia thurifera*

EL CARDAMOMO (*Elettaria cardamomum*), de la familia del jengibre, es originario de los bosques monzónicos del sur de la India.

Produce unos frutos muy aromáticos de forma ovoide y algo picantes. El aroma que exhala es suave, su sabor es penetrante, de carácter cítrico, recuerda ligeramente al alcanfor y persiste en la boca durante bastante tiempo produciendo sensación de calidez.

Después del azafrán y la vainilla es la tercera especia más cara.

CLAVO DE ESPECIA (*Syzygium aromaticum*). El árbol del que se recoge es de hoja perenne y produce capullos rosáceos que antes de convertirse en flores se recolectan y secan al sol, adquiriendo el color entre rojizo y marrón que caracteriza a esta especia. Tiene cualidades antisépticas.

EL CAFÉ o CAFETO ARÁBIGO es el fruto de un arbusto de la familia de las Rubiáceas (*Coffea arabica*). Esta variedad contiene menos cafeína que otras especies cultivadas comercialmente.

Etimológicamente, café procede de la palabra árabe quahwah. En Yemen no es frecuente su consumo,

pero es posible encontrarlo preparado al estilo turco o beduino, este último es más fuerte y perfumado deliciosamente con cardamomo.

En la costa del Mar Rojo está Mokha, ciudad en tiempos famosa por el comercio del café de la variedad del mismo nombre, que llegó a ser el primer centro comercial del café, y hoy ha quedado convertida en un embarcadero abandonado.

El **PISTACHO**, (*Pistacia vera*) que se produce en Yemen es de una gran calidad. Es el fruto de un árbol caducifolio de alrededor de 6 m de altura. Cuando el fruto madura, las cáscaras se abren separándose parcialmente, cuando esto ocurre se escucha un claro pop, y la leyenda dice que los amantes que estando bajo un pistachero durante la noche oyen el pop de las cáscaras al abrirse, tendrán buena suerte.

QAT o **KHAT** (*Catha edulis*), de la familia Celastráceas, originaria de zonas tropicales del África oriental, es con diferencia la planta más cultivada y difundida actualmente en Yemen. Es un arbusto o árbol pequeño, que crece unos 5-8 metros de alto, con hojas perennes. El qat es un estimulante vegetal que se masca, parecido al tabaco, usado tradicionalmente en Yemen y otros países árabes vecinos. Se trata de la planta con propiedades psicoestimulantes más potentes que se conoce hasta el momento. Sus principios activos son los alcaloides psicotrópicos catina y catinona. Ambas son moléculas psicoestimulantes, derivadas de la feniletilamina, y emparentadas química y funcionalmente con las anfetaminas. Después de la comida del mediodía, los hombres y las mujeres se reúnen por separado en grupos, a mascar qat durante toda la tarde, y la mayor parte de las actividades de cualquier tipo se paralizan hasta el día siguiente.

Los pueblos mediterráneos que nada sabían de la habilidad de estos navegantes para aprovechar los vientos, atribuyeron el nombre de "feliz" a esta zona de la península arábiga, porque estaban convencidos que todos los productos que provenían de allí eran de producción local. Un halo de misterio envolvía por completo a la región, que considerada la impenetrabilidad del lugar, era conocida solo a través de lo que contaban los mercaderes. Heródoto (V siglo a.C.) sostenía que la Arabia Feliz era la única región productora de incienso y mirra, cassia y canela, y que guardando los árboles de los cuales se extraía el incienso, se encontraban pequeñas serpientes venenosas, aladas y multicolores. Diodoro Siculo (I siglo a.C.), escribió que toda Arabia exhalaba un delicado perfume que daba vigor y salud y que se podía percibir incluso

por los navegantes en tránsito a lo largo de la costa.

La misma configuración geográfica de la Arabia Feliz, que alterna montañas y desiertos, preservó la región de las invasiones enemigas y le permitió durante largo tiempo enriquecerse y prosperar.

El declinar del reino de Saba y de su comercio llegó poco a poco por la coincidencia de una serie de eventos. El navegante griego Ippalo (I siglo a.C.) descubrió la posibilidad de utilizar el cambio de dirección del monzón para la navegación en el Océano Indico, mientras los persas incrementaron el comercio por la Vía de la Seda, que de esta manera se convierte en un trayecto alternativo para las mercancías que provienen de Oriente. Por otra parte, con la oficialización del cristianismo por parte de Teodosio, al final del siglo IV, la demanda del incienso disminuyó notablemente.

Los sistemas de regadío que habían convertido en fértiles, tierras que por su naturaleza eran áridas e improductivas, fueron privados de las obras de mantenimiento indispensables para su conservación. El Gran Dique de Marib colmató y finalmente se derrumbó y la población local emigró a Siria y la actual Arabia Saudí, donde aún el apellido Yamani revela el origen sabeo de quien lo lleva.

La desertificación hizo que las rutas de caravanas que cruzaban el desolado Rub al Khali (Cuarto Vacío), el desierto de arena más grande del planeta, fueran más difíciles, y se incrementaron las incursiones de los nómadas Partianos en el Próximo Oriente que aceleraron el fin del comercio del incienso alrededor del año 300.

Cuando se viaja hoy por Yemen, atravesando territorios áridos e inhóspitos y pueblos donde impera la pobreza más hiriente, es difícil creer en un pasado de tal esplendor. Sin embargo, después de pasear por el zoco de la ciudad vieja de Sanáa dejándose embriagar por los intensos aromas de las especias, después de haber saboreado un café beduino, o un té (shaay) perfumado con canela, clavo y cardamomo bajo el jazminero de la terraza del hotel Dawood, se puede comenzar a intuir la fascinación de los antiguos sabeos por los perfumes y el mágico mundo en que vivieron. Y si al atardecer, el viajero recorre la carretera que une la capital con Marib, es posible que por un momento pueda ver, más con el corazón que con los ojos, recortarse en el horizonte de dunas, el perfil difuso de una caravana que recorre, intemporal, la mítica Ruta del Incienso.